

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

AÑO II

Madrid 1.^o de Abril de 1894

NÚM. 14

EXCURSIONES

EXCURSIÓN ARTÍSTICA

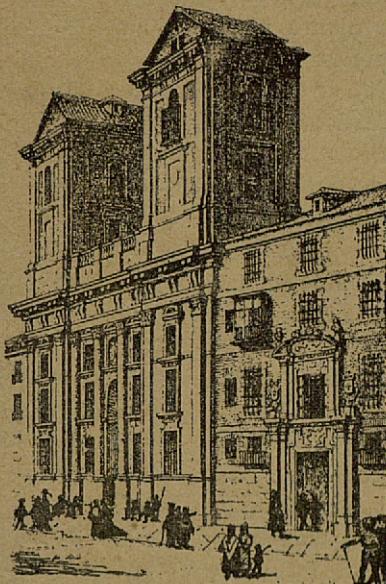
POR EL

MADRID VIEJO

III

DESDE la capilla del Obispo se llega por un estrecho, oscuro y anguloso pasillo á la iglesia parroquial de San Andrés, modestísima construcción, reparada en la segunda mitad del siglo XVII

con el malgusto con que entonces se hicieron esta clase de obras. Dícese que hasta aquel tiempo estuvo la iglesia orientada al revés que ahora, es decir, con arreglo á la norma de las iglesias cristianas, con el altar mayor á Oriente y la puerta á Pioniente. Y desde esta puerta pasábase al antiguo cementerio, en el que San Isidro Labrador estuvo enterrado. Al cambiar la disposición del templo púsose la capilla mayor inmediata al sitio de dicho en-



IGLESIA DE SAN ISIDRO

terramiento, cuya memoria se consagró poniendo en la pilastra del lado del Evangelio una curiosa escultura, que representa al Santo en traje de mancebo de labranza, y explicando la kommeración con la lápida correspondiente. En lo

que pudiera llamarse ampliación del brazo derecho del crucero, se abre, ocupando dos naves, la famosa capilla de San Isidro. Su ostentoso y presuntuoso conjunto sorprende al que con alguna atención lo contempla. El arte de mediados

de siglo XVII, heredero del gusto clásico de los tiempos de Juan Bautista de Toledo, de Gaspar Becerra, de Juan de Herrera y de Juan de Mora, tenía ya á la degeneración, que había de producir poco más adelante las extravagancias de los imitadores de Borromino, Pedro Ríbera y Churriguera. En aquel período de transición del arte correcto al fantástico y barroco, y en los primeros años en que se inició la decadencia, se empeñaron la corte, el clero y el pueblo en erigir á San Isidro un monumento sepulcral digno de su gloria y veneración (1657 á 1669). La familia de los Vargas, muy poderosa en la corte, había acordado en honor del Santo construir para su enterramiento una grandiosa capilla, que tal fué la que se denomina del Obispo, cuya construcción empezó en 1520 el licenciado Francisco de Vargas, y continuó, después de la muerte de éste, su hijo D. Gutierre de Vargas y Carvajal, obispo de Plasencia. A este nuevo templo, terminado en 1535, se trasladó, bien á pesar del clero y feligreses de San Andrés, el cuerpo del Santo. Mientras vivió el Prelado fundador, nadie se atrevió á reclamar contra traslación semejante, pero apenas falleció (1553), armóse tremendo pleito, y el arzobispo de Toledo, D. Juan Tavara, dispuso que el cuerpo fuese devuelto á la parroquia de San Andrés, como así se hizo en 1559. Y para que nunca jamás se dijera que no tenía una capilla y un enterramiento tan suntuosos y admirables como el que la familia de Vargas le había erigido junto á su casa solar, idearon el levantar una construcción que eclipsara con sus pompas interiores y exteriores á la capilla del Obispo. Y de este propósito y de tal rivalidad surgió la capilla de San Isidro, en San Andrés, con su extremado lujo en el interior y su tosca ornamentación y su domo en el exterior. Pero era imposible que el arte de la decadencia clásica, ni en su conjunto, ni en sus detalles, rivalizase con el arte admirable del Renacimiento, y así sucedió, allí quedaron frente á frente, como elocuentes testigos del pleito religioso sobre la posesión y dominio de las cenizas de San Isidro, la atrevida, elegante y típica ca-

pilla del Obispo, cuajada de joyas de es- cultura, y la capilla de la parroquia, rellena de insopportable hojarasca blanca sobre oscuros mármoles. A pesar de lo ostentoso del nuevo monumento sepulcral, y contra los firmes propósitos de la corte, del clero y del pueblo, no quiso Dios que el cuerpo de San Isidro reposara mucho tiempo en la gran capilla, porque en 1769, á los cien años de haber sido trasladado á ella, ordenó Carlos III que se llevara á la Iglesia de la extinguida Compañía de Jesús, en la calle de Toledo, (con la urna de oro, plata y bronce, que en 1620 labró el gremio de plateros de Madrid), donde al presente se encuentra. Quiso aquel monarca al echar á los jesuitas de su casa, meter al Santo en ella, sin duda para redimirse de su atrevimiento en el cielo y en la tierra. Tan huérfa- na de su precioso tesoro se quedó por consiguiente la capilla de San Andrés, como se había quedado la del Obispo; y si de milagro á los cien años de la traslación del cuerpo á la Iglesia de San Isidro, no se verificó otra en 1869 á San Francisco el Grande, es seguro que para 1969 se trasladarán á la nueva catedral de la Almudena.

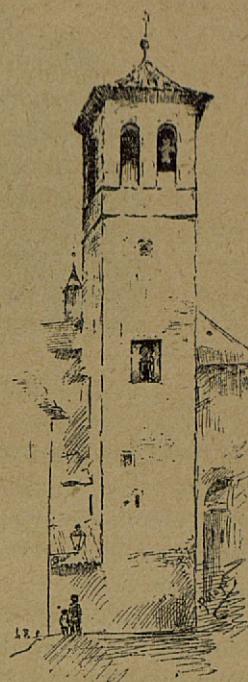
La capilla de San Andrés compónese de dos partes, una rectangular para los fieles, con puerta á la plazuela, y otra que hace de capilla mayor para el clero, que es de planta octógona y que está corona- da iluminada por los vanos del cimborio, cúpula y linterna. La ornamento- ción es del orden compuesto, labrada en oscuros y ricos mármoles, pero afean de un modo horrible la elegancia del severo trazado vitrubiano los extravagantes y multiples colgantes de hojas, ramos y flores, que, pintados de blanco, salpican todos los espacios de los frisos, entrepaños, pechinias, arcos y cornisas. Si una inteligencia recta y una mano caritativa hubieran ordenado y realizado la desapari- ción de semejantes ridículos aditamen- tos, la capilla valdría muchísimo más de lo que vale. Trazáronla en 1559 Fr. Diego de Madrid y Juan de Villarreal, y la continúo en su construcción Sebastián He- rrera Barnuevo. En el centro de la se- gunda pieza, debajo de la media naranja

se alzó aislado el que fué altar-sepulcro, que es un elegante templete de mármol, excesivamente ornamentado también, con ramajes y estatuas, y que ostenta en su centro una notable imagen de San Isidro, obra de Isidro Carnicero. En los intercolumnios y huecos de los muros hay multitud de imágenes y algunos cuadros de Francisco Caro, y de Carreño y Ricci. Doce años se emplearon en labrar esta capilla, cuyo coste parece que fué de once millones nuevecientos sesenta mil reales que aprontaron la corte, la villa y los vireyes americanos. En la fachadita cerrada de esta capilla, que da á la calle de los Mancebos hay una linda imagen de la Virgen, del escultor Pereira.

IV

Dejando aquellas alturas, donde hoy yacen en completo olvido tan curiosos restos de la historia de Madrid, bajamos por la plazuela de la Paja á la calle Sin Puertas, en cuya línea de la izquierda se alza el que fué palacio de los condes de Benavente, y después del marqués de Javalquinto, príncipe de Anglona, hoy residencia de la embajada de Austria. Desde aquella callejuela se contempla muy bien la elegante mole de la torre de la parroquia de San Pedro, toda de ladillo, con sus ventanas y arcos del campanario abiertos en curva mudéjar, reflejo de la arquitectura del Mediodía, que subió hasta la humilde villa del Manzanares, en el siglo XIII, cuando hasta las vertientes opuestas del Guadarrama llegaba la influencia del arte románico. Esta construcción, la más antigua que conserva Madrid, se ha salvado de las reparaciones groseras que sufrió al través de los siglos, en su interior y en su exterior el modesto templo á que está unida, y que sería en sus tiempos una de las obras más típicas del viejo recinto. Al pie de la torre, en la puerta tapiada que allí existe, se conservan también dos columnas con rústicos capiteles, que pertenecen á la primitiva fábrica de la iglesia. Fué siempre muy popular esta torre en el antiguo Madrid, ya que los labradores de

todos aquellos barrios y arrabales tenían gran fe en que sus campanas conjuraban los nublados y tormentas; y ya que, como perteneciente á la iglesia céntrica del interior de la villa, se la tomó como punto de partida, de nivel y de referencia de distancias y alturas. Así se recuerda que, cuando se trató en tiempo de D. Juan II de aumentar el caudal de las aguas del Manzanares con las del Jarama, se señaló en Madrid como línea de nivel el pie de



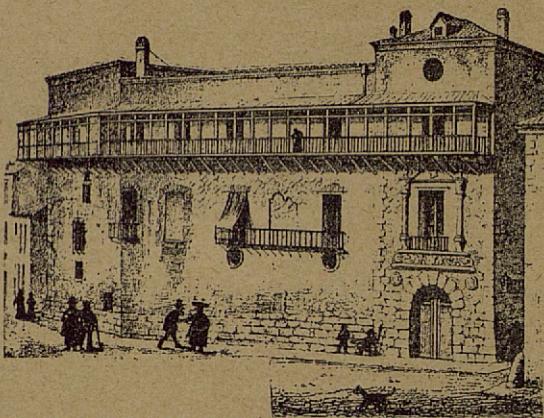
TORRE DE LA PARROQUIA DE SAN PEDRO

la torre de San Pedro, adonde había de venir el cauce desde el puente de Viveros, para dirigirse desde dicho nivel á los pilares del Pozacho, al fin de la calle de Segovia, y desde allí al Manzanares por un poco más arriba del puente.

Por las revueltas de la calle del Almendro y de la Nunciatura pasamos á Puerta Cerrada, y tomando la calle del Sacramento, sin fijarnos apenas en la fachada escaparate romano de San Justo, fuimos luego á contemplar la casa-palacio del Cardenal Cisneros, que aún conserva la característica ornamentación del Renacimiento en la elegante ventana del piso principal de la derecha de la fachada. A

los lados de la puerta, de arco rebajado, campean en dos círculos los timbres combinados de Cisneros y Guzmán; en el piso ó tablero intermedio, que sirve de asiento á la ventana, luce solo en el centro el escudo cardenalicio de Cisneros, orillado por ángeles tenantes, y completa la decoración simétricamente á uno y otro lado caprichoso grupo de una vicha alada, frente á la cual juguetea un niño. Las co-

lumnas de la ventana apoyan sus bases en un zócalo con dos ménsulas, que invertidas aparecen también cerrando sobre los capiteles la línea del cornisamento, que está rematado por dos florones y que soporta un frontoncito cuyo espacio interior llena un casco de segundón, rodeado de múltiples adornos. El resto de la fachada estuvo recubierto de yeso labrado en forma de juegos de rosetones sobre



CASA-PALACIO DEL CARDENAL CISNEROS

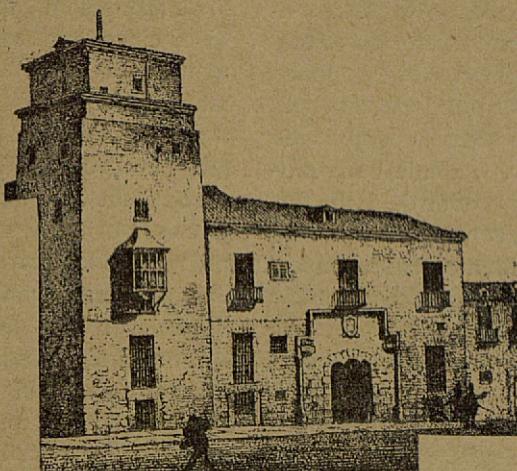
las hiladas de mampostería, y tuvo en el piso segundo amplia galería volada y cubierta ó balcón corrido, que llegaba de uno á otro extremo de la fachada, y que después desapareció. Opinan algunos historiadores, que no fué en este palacio, sino en la mansión en la que la corte y los que en su nombre gobernaban solían hospedarse, que era en la ya citada casa de los Lasos de Castilla, en la plazuela de la Paja, donde el Cardenal Cisneros, indicando la artillería que en ella estaba situada, recordó á los nobles, en 1516, que aquellos eran los poderes con que gobernaría á España, hasta la venida del Emperador. Este palacio, que ocupa con sus dependencias toda la manzana, y que heredó la familia de Cisneros, de la villa de Cisneros, en la provincia de Palencia, y después por parentesco la de los Guevaras, condes de Oñate, sirvió de prisión y lugar de tormento al secretario de Felipe II, el famoso Antonio Pérez, y más adelante de residencia al arzobispo de

Toledo Rojas y Sandoval, y al duque de Arcos y á Campomanes. Lo ocupó al fin, dedicándolo á farmacia, el popular doctor Izquierdo, tesorero, durante muchos años, del partido republicano-progresista.

Traspuesto el callejón inmediato á los muros del Oriente de este palacio, se llega á la plaza de la Villa, y allí nos detuvimos los excursionistas á ver la Torre de los Lujanes, curioso resto del siglo xv, elegante y ridículamente restaurado con postizo arte ojival hace pocos años. De su antiguo aspecto sólo conserva; la portada con sus dobles columnitas laterales, sobre las que encuadra, formando dobles ángulos, un lambel con cuentas, y dentro de cuyos ángulos sostienen unos leones los escudos de armas de la casa de Luján, timbres que campean en el escudo central que domina á la puerta. Es ésta de arco triple carpanel, formado por cuatro dovelas. La entrada de la torre por la parte de la calle del Codo es muy curiosa, y merece verse, si la inmundicia del

suelo lo permite. Su arco es ojival mudéjar, con los signos lapidarios $\pm \pm \pm \pm$ en las dovelas y en la clave. Con las sucesivas restauraciones que este edificio ha sufrido ya no se entra á ninguna parte por aquella puerta, que está, si no tapiada, fuertemente cerrada, obstruida, olvidada y convertida en receptáculo de

aguas de todas categorías. No hay para qué recordar que aquí estuvo algunos días encerrado Francisco I, cuando Hernando de Alarcón lo trajo prisionero de Pavía. ¡Lástima grande ha sido que el afán de restaurar sin ton ni son, haya convertido el típico edificio de la torre y casa de los Lujanes en lo que ahora ve-



CASA Y TORRE DE LOS LUJANES ANTES DE SU RESTAURACIÓN

mos! La vieja construcción, tal cual era, aparece en el grabadito adjunto, copiado de los preciosos dibujos que tomó á su vez el concienzudo litógrafo Sr. Kranss, de otros del siglo XVII, para ilustrar en 1861, las notabilísimas publicaciones del Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos, insigne é inolvidable maestro y guía de todos los excursionistas madrileños.

RICARDO BECERO DE BENGUA.

RECUERDOS

DE UNA

EXCURSIÓN Á ZARAGOZA

LOS RESTOS DEL PALACIO ARÁBIGO DE LA ALJAFERÍA

I

LN medio de las reliquias artísticas que ilustran todavía la noble y afamada ciudad de Zaragoza, y que trazan con indecible seguridad la historia de aquella población insigne, principalmente desde el siglo XV á nuestros

días,—singularísima preferencia merece, sin duda alguna, por evocar recuerdos de mayor antigüedad y prestigio, el renombrado Castillo de la Aljafería, cuya importancia, y aun cuya memoria misma, parecen extinguidas entre la generalidad, por lo menos, de los zaragozanos.

Y á la verdad que, para el viajero, en cuya fantasía se presenta, antes de haberla visto, tal como supone debió ser la Aljafería en la época de su esplendor y de su gloria, el desencanto no puede ser mayor ni más triste: nada de aquel recinto primitivo, cerrado por rojizas murallas entrecortadas de salientes cubos, coronados de típicas almenas; nada de aquel ancho y profundo foso que contribuía á la defensa de lo que fué Castillo, y conserva hoy todavía el nombre y la consideración de tal, por irrisión sin duda; nada de aquel simpático y commovedor aspecto que debía recordar tiempos pasados y ya remotos, en los cuales disfrutó Zaragoza de la capitalidad de un reino poderoso...

Regular y descolorida construcción rectangular del pasado siglo, en la que no

brilla por cierto el buen gusto, provista en los ángulos de salientes y poligonales torrecillas, de carácter híbrido y no hace mucho tiempo construidas; cegado el foso y convertido en amplia y anchurosa explanada, propia para las evoluciones militares,—el Castillo, morada de los opulentos régulos de Zaragoza, de los benedictinos de Carcasona y de los monarcas y los inquisidores de Aragón desde el siglo XIV probablemente, es hoy más ó menos ordenada serie de cuarteles, donde tienen acomodo unos cuantos regimientos de Infantería, donde se halla establecido el depósito de armas, y donde hace morada el General gobernador de dicha fortaleza, pues todavía, repetimos, y no más que por tradición evidentemente, conserva esta categoría entre nosotros.

Sus jardines, frondosos y dilatados, sus huertos, sus varios y esplendorosos edificios, su grandeza, en fin, ha desaparecido por desgracia, empeñadas con dolorosa porfía las generaciones, en borrar toda huella de aquella magnífica residencia real, que hoy sólo ofrece aspecto bien vulgar, y que nada dice al arqueólogo ni al artista, á quienes debía revelar los secretos de su historia, que es en muchas partes la historia de la misma ciudad, de la que fué ornamento y defensa en varios tiempos.

Penetrando por la puerta principal en el edificio, que se halla á la parte occidental de Zaragoza y á no larga distancia de *El Portillo*,—hácese pequeño patio, regular, á cuyo extremo de la derecha y levantado sobre el piso, se abre incoloro y vulgar arco; y secante con uno de sus hombros, mezquina puerta, de arco de herradura, cuyas impostas, cuya moldurada archivolta y cuyo paramento superior se ofrecen cubiertos de encalada yesería, no pareciendo ser de primitiva labra,—da paso á muy reducida estancia, donde el espíritu á la par padece y goza, contemplando las ya únicas reliquias que, de su grandeza de otras edades y de su incuestionable opulencia, subsisten en nuestros días, en lo que fué palacio de los Sultanes de Zaragoza.

Forma su planta perfecto polígono de ocho lados, con cerca de 5^m,50 de diáme-

tro total, y muestra perforados tres de sus lados, uno, que es el del actual ingreso, en no lejanos tiempos; el del frente, por un arco de airosa curva, ya muy deteriorado, pero que es primitivo, y otro, á la izquierda de la moderna entrada, por otro arco de herradura, de menos luz, si bien de grande y característica elegancia, profusamente decorado, y enriquecido de labores en sus resaltadas dovelas.

Los cinco lados restantes del polígono ofrecen peregrino ejemplo del arte hispano-mahometano, en su estilo especial propio de Zaragoza, por lo que hace á la época en la cual fué erigida la Aljafería; y, con efecto, sin que haya relación alguna con la brillante decoración de yesería que reviste los muros de la Alhambra de Granada, según con desconocimiento disculpable de la historia artística del pueblo muslímico-español han asegurado cuantos hasta aquí han pretendido estudiar y describir este monumento inestimable,—circunscribiéndose á las dimensiones de cada lado del polígono, desenvuélvese en él gallardo, y produciendo verdadera extrañeza en aquellos para quienes sólo conoció el arte mahometano el arco de herradura, el apuntado y el lobulado, conforme se manifiesta en todas partes donde existen restos monumentales de aquella sociedad y de aquella cultura,—un arco mixtilíneo, ornamental en dos de los lados, y practicable en tres de los ángulos del cuadrado, en el cual se halla inscripto el polígono.

Guarnecido de moldurada y saliente periferia, arranca en graciosa redonda curva sobre los trapezoidales hombros que en los laboreados capiteles descansan, soportado por dos columnas de mármol almendrado; y fingiendo primeramente elegante brote, con el cual forma pronunciado lóbulo, sube recto breve espacio, dóblase al interior en horizontal línea recta, de equiparable longitud, constituyendo un ángulo entrante, y continúa recto para enroscarse en redonda curva saliente, y proseguir en oblicua dirección, seccionando la otra parte de la archivolta que cruza por detrás de ésta, abriéndose luego ambas, para correr en sentido opuesto y horizontal, á manera de friso,

sobre las vistosas arcaturas de los restantes lados del polígono.

Rizadas hojas, á manera de palmas, entrelazadas con características piñas, y acomodadas en su desarrollo al nacimiento del arco, llenan por completo la archivolta, cerrada al interior por cilíndrico baquetón, que se doblega dócil al contorno de la arcada, cuya pronunciada periferia destaca sobre exuberante decoración de yesería labrada por igual arte y con los mismos elementos, todos ellos genuinos y propios exclusivamente, hasta ahora, del estilo que con propiedad debe llamarse zaragozano, y que no ofrecen, sino en su apariencia, semejanza con los de la yesería del palacio de los Beni-Nasares en las orillas del Darro, ni con los de los mudéjares en parte alguna de nuestra España.

Otro friso, casi de la misma proporción que el que resulta del cruce y prolongación de las archivoltas de estos arcos, dilatábase á lo largo de los muros, sin que al presente haya quedado resto visible de él, y encima, de mayor altura, extendiéndose para comprender de dos en dos los ángulos del polígono, sucedía otro friso, cerrado por gruesas cintas, en el cual, y sobre labrado fondo de *at-taurique*, no interpretadas hasta ahora, que sepamos, destacan todavía en los lados inmediatos á la derecha del moderno ingreso, koránicas leyendas, de resaltados caracteres cúcicos, cuyos ápices superiores se ofrecen como algunos de Toledo de la misma época, recorridos por incisas líneas, que les dan marcado ornamental aspecto.

Destruido en casi todos los lados del polígono el friso mencionado, sólo actualmente se conserva sobre los arcos de la derecha de la puerta de entrada, leyéndose en ellos parte de las aleyas ó versículos 59 y 60 de la *Sura VI* del Korán, en esta forma (trozo primero):

[الارض ولا رطب ولا يابس الا ف].....

..... *de la tierra, ni verde ni seco* (del cual no se haga mención) [en]

Trozo segundo:

كتاب مبين = (1) وهو الذي يذوقكم بالبخل (2)
ويعلم ما جرتم بالنهايات ...

(1) Aleya 60.

(2) Por بالليل

el libro manifiesto (1).—*El (Allah) es quien os hace dormir por la noche, y sabe lo que habéis hecho por el día!*....

Despojados aparecen ya muchos de estos arcos de las columnas que los soportaban, y cuyos capiteles, por extremo deteriorados, corresponden todos ellos á la época de la yesería, haciéndose de notar entre los mismos, por su singularidad insólita, el del hombro de la derecha en el arco del ángulo interno ó superior del mismo lado, según se entra en aquel recinto, el cual capitell se ofrece en su base compuesto por una leyenda en caracteres cúcicos de resalto, de cuyos ápices brota la decoración del mismo. Por desventura, se halla al presente en tal estado y con tales fracturas, que resulta irrealizable el intento de leer dicho epígrafe, siendo este miembro arquitectónico el único conocido en el cual ocurra particularidad semejante.

Estragada y desaparecida la decoración que sucedía al friso cuya leyenda queda copiada arriba, sobre él se levanta aún gallardamente, y siguiendo el desarrollo del polígono, hermosa serie de entrelazados arcos, á modo de aximezadas tribunas, una por cada lado, compuesta de dos huecos que resultan del vistoso enlace de las lobuladas archivoltas, formando en tal disposición rebajado aximéz de dos arquillos de seis lóbulos cada uno. El dado trapezoidal encima del que reposan los arquillos, conserva todavía restos de la decoración pictórica que hubo de abrillantar el conjunto, y las archivoltas se enlazan de suerte que, cruzándose en la clave de los arquillos mencionados las unas, se cruzan las otras en los ángulos entrantes del polígono. Sus capiteles, de mármol, labrados por el mismo estilo, coronan pequeños fustes, también de mármol, y que no recordamos bien si se hallan provistos de

(1) Según los traductores del Korán, el libro manifiesto ó evidente, llamado también *Tabla conservada*, es el libro de las penas eternas, en el cual se halla inscripto cuanto ha sido, es y será en lo futuro. La aleya 59 dice en su totalidad, hablando de Allah: "En su poder están las llaves de las cosas ocultas; no las conoce nadie más que El, sabe lo que hay sobre la tierra y en el fondo de los mares; no cae una hoja sin que tenga de ello conocimiento, y no yhaun solo grano en las tinieblas de la tierra, ni verde ni seco,, etc.

basas, según ocurre con los de los arcos mixtilíneos de la decoración principal en este monumento.

Cortándole en toda su altura, misera techumbre plana de tablones ha reemplazado, quizá desde el pasado siglo, la cúpula que debía servir á aquél de complemento, distinguiéndose aún, en el desván de la habitación colocada encima, los nervios que hubieron de atarse en la clave de la cúpula, á la manera que se atan en las cúpulas del *Vestíbulo de Mihráb* y de la habitación inmediata, en la Mezquita Aljama de Córdoba, en las del *Santo Cristo de la Luz*, en Toledo, y en las de otros varios edificios musulmanes de época aproximada.

Falto de los capiteles y de los fustes que fingían soportarle, destruida la yesería de sus enjutas y de su archivolta, y subsistiendo sólo la decoración del estrecho intradós,—como verdadera ruina lamentable aparece el airoso arco, por medio del cual se hallaba en comunicación el departamento que estudiamos con el resto del edificio, y que fué, á no dudar, la única puerta á él de ingreso, ocupando entero uno de los lados del polígono. Suspendedos en el aire se muestran los hombros trapezoidales que descansaban sobre los desaparecidos capiteles, y superficie encalada y lisa, á la una y á la otra parte, son las fajas verticales del *arrabá* que le servía de marco; pero sobresaliendo de él, y de uno á otro ángulo del lado en que se abre, y á poca mayor altura que la del friso general cuyo epigrafe llevamos transcripto, se extiende otro friso de menor vuelo que el citado, en el cual las cintas enlazadas que le rodean forman dos tarjetones rectangulares, primitivamente cubiertos de inscripción, de la cual únicamente en el tarjetón de la derecha restan algunas palabras en signos cúficos, que destacan sobre su correspondiente *at-taurique*, y que componen parte quizá de la aleya ó versículo 70 de la *Sura XVII* del Korán, pues en ellas se lee:

(1) ... حَمْبَلَ عَلَيْكُمْ حَمْبَلٌ

(1) Por حاصبها

... enviará contra nosotros un huracán....

De menores proporciones que el presente, es el arco que se abre á la izquierda del actual ingreso; por extremo notable todo él, si bien arranca á la misma altura que los arcos mixtilíneos por los cuales se hallan enriquecidos y avalorados los lados del polígono, su esbelta archivolta, inscripta en un cuadrado, desarrolla graciosamente su elegante curva ultrasemicircular á menor elevación que la de los referidos arcos, circunstancia que en nada ni para nada realmente la perjudica. Forma su periférica resaltada moldura, que avanza valientemente sobre el plano en que destaca, y que recorrida al interior por otra funicular, deja espacio sobrado para que en la archivolta campeen las trece elegantísimas dovelas de labrada yesería que la ennoblecen y hermosean, y en las cuales varía la decoración, atemperándose á la unidad del estilo. Dos conchas, de pronunciado relieve, surgen en las enjutas sobre los reelevados vástagos que llenan éstas, cerrando el conjunto funicular moldura, casi tangente á la periférica del arco.

Encima de él, y dentro del correspondiente marco, por igual arte funicular que esta moldura, extiéndese rectangular tarjetón, por cuyos lados menores subía el saliente moldurón que cerraba totalmente el conjunto de la decoración de este lado del aposento; y dentro del tarjetón destaca sobre fondo de *at-taurique*, según costumbre, la siguiente leyenda, en gallardos caracteres cúficos, semejantes á los del friso general y superior, ya copiado, entrecortada dicha leyenda, por dos grandes oquedades, que manos inexpertas llenaron después de yeso:

بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ قَلْ هُوَ لِلَّهِ الْأَكْبَرُ
سَلَّمَ رَسُولُ اللَّهِ مُحَمَّدُ

En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso! Dí: No hay otro dios que A[lláh]! Mahoma es el enviado de Alláh!

Carece este frente de su continuación, y el arco se halla desprovisto de capiteles y de fustes; el intradós es ancho, y en él alternan como decoración, tres con-

chas y cuatro profundos cuadrados, en otro tiempo llenos de labores, y encalados hoy dolorosamente, repartidas las conchas en la clave y en los costados, y entre medias los cuadros referidos.

Da paso este curioso y bello arco á muy reducido espacio: el que arroja, dentro del cuadro en que se halla inscripto el polígono, la sección del ángulo de aquél, hecha por uno de los lados de éste; y á escasa altura, la del arco, de cuyo intradós arranca inmediatamente, abrese, como techumbre, significativa concha, semejante en su desarrollo, bien que no en sus dimensiones, á la que hace igual oficio en el *quiblah* del *Mihráb* de la Catedral de Córdoba.

El arco situado frente al actual ingreso, lo da á muy reducida estancia, resultado de las obras que en todo tiempo han sido ejecutadas en el palacio de los régulos de Zaragoza; y en el muro posterior en que se halla el referido arco abierto, son de advertir, á la derecha, restos bien estropeados de la decoración que hubo de revestirle, entre los cuales subsiste el principio del *arrabá*, que contuvo koránica leyenda, de la cual no resta sino la invocación, en grandes caracteres cúficos de resalto, diciendo con efecto:

بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ ...

En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso!

No son, sin embargo, estas las únicas reliquias que en dicho muro existen, por fortuna, para deponer respecto de la riqueza del edificio y de la intemperancia de sus destructores, pues á poco menos de un metro de altura, y revistiendo el muro, según puede advertirse, son de reparar, en él empotradadas, una piedra de mármol á la derecha y dos á la izquierda, una y otras decoradas de leyendas religiosas en bien trabajados caracteres cúficos de resalto, que destacan sobre fondo de *attaurique*, entre dos cintas funiculares que las sirven de orla. La de la derecha, en mejor estado, contiene varias palabras de la aleya ó versículo 22 de la *Sura XXXIII* del Korán, diciendo:

...رَسُولُهُ وَصَدِيقُهُ وَرَسُولُهُ ...

... *su enviado. Han dicho verdad Al-láh y su enviado...*

En la primera de la izquierda, que limpiamos del yeso que la encubría, así como la segunda, se lee claramente la invocación:

بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ

y en la segunda, ya por extremo deteriorada, y que sobresale del muro, se halla el principio de la aleya 285, *Sura II* del Korán, en esta forma:

[ا]مِنَ الرَّسُولُ بِمَا أَنْزَلَ إِلَيْهِ رَبُّهُ وَالظَّاهِرُونَ ...]

Cree el profeta en aquello para que ha sido enviado por su Señor: los creyentes....

Tales son los restos de la opulencia de que hicieron alarde poderoso los régulos de Zaragoza en el palacio de la Aljafería, y de que como señal y muestra dejaron los conquistadores este aposento, respecto de cuya finalidad y categoría habremos de tratar en otro artículo. Séanos permitido, para concluir, deplorar amargamente la intemperancia de que ha sido víctima aquella joya del arte hispano-mahometano, y formar votos fervientes para que en lo sucesivo sea y continúe siendo respetado este pequeño departamento denominado generalmente *La Mezquita*, colocándolo bajo el patrocinio del Estado y la vigilancia inmediata de la Comisión de monumentos históricos y artísticos de Zaragoza, según lo estuvo un tiempo, y antes de que entrara en el total poder del Ministerio de la Guerra, para el cual habrá de ser siempre grave e incansante molestia. Qué justificado sería el regocijo de cuantos aman nuestras reliquias arqueológicas, si fuese declarado monumento nacional, éste, el único resto subsistente de la famosa Aljafería, resumen y compendio artístico de la cultura conseguida por los musulmanes en Zaragoza, durante el siglo xi, á cuyo fin debían consagrarse sus esfuerzos los zaragozanos en las esferas oficiales.

(Continuará.)

RODRIGO AMADOR DE LOS Rfos.



B

atalla de San Quintín xxvii agosto m.d.lxviii

La frase aguda del uno, el delicado chiste del otro y los recuerdos evocados por aquel, hicieron que el tiempo transcurriera sin sentir, y que alguno, como yo, ni siquiera reparara en la variedad y bellezas del paisaje, que cambia por completo en las inmediaciones á las Rozas, apareciendo más accidentado merced á las últimas estribaciones del Guadarrama que se ofrecía á nuestra vista con sus cimas cubiertas de nieve.

A las 10 y 56' nos apeábamos en la estación del Escorial, y montando en dos carruajes de camino nos dirigimos al convento, por la recta carretera que á él conduce, entre dos hileras de frondosos álamos á través de los cuales se divisaba á nuestra izquierda la preciosa *Casita de abajo* de la que hablaré después por ser lo último que vimos.

Llegados al Real Colegio de los RR. Padres Agustinos (donde fuimos recibidos por el discreto y sabio P. Valdés, director de los estudios superiores y por otros de sus dignos compañeros cuyos nombres siento no recordar ahora), impacientes los excursionistas por comenzar el examen de las riquezas que atesora aquella casa, subimos al camarín ó relicario de Santa Teresa; deteniéndonos al paso ante los magníficos frescos de Lucas Jordán, Cincinato y Luquet que recubren las paredes y bóvedas de la escalera principal y del coro y trascoros; ante la original imagen de San Lorenzo que labrado en mármol blanco se conserva en una ornacina desde que la trajeron de Roma, donde aseguran que fué encontrada, y ante el notable crucifijo (1), también de mármol blanco

EXCURSIÓN AL ESCORIAL

Pocas visitas hará la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES tan instructivas y amenas como la realizada al Escorial, en los días 24 y 25 de Febrero.

El interés que despierta la contemplación de un monumento de tan notoria importancia, y donde tantas joyas artísticas como cenizas de reyes se conservan, se unía en esta ocasión el atractivo que ofrece la compañía de personas tan ilustradas, de tan inspirados poetas, de tan concienzudos arqueólogos y de tan selectos amigos como los Sres. Serrano Fatigati, Feliu y Codina, Herrera, Calatraveño, vizconde de Palazuelos, Alvarez Sereix, Llanas, Cervigón, Enríquez, Morennés, Quintero y Enseñat.

A las 8 y 50' de la mañana, ocupábamos ya, en la estación del Norte, los coches del tren que había de conducirnos al soberbio Monasterio que la piedad de Felipe II levantara, y al poco rato de quedar colocados nos alejábamos de la coronada villa á impulso de la locomotora que silbando con todo su poder se deslizaba veloz sobre los bruñidos rails.

(1) Obra de Benvenuto Cellini.



Fototipia de Hauser y Menet.—Madrid.

MONASTERIO DE SAN LORENZO DEL ESCORIAL

hecho del tamaño que tenía el Salvador y clavado en una cruz de mármol negro, á cuyos lados se ven dos lienzos, obras de Navarrete que representan á San Juan y á la Virgen.

Consiste el mencionado Relicario, en una pieza pequeña, iluminada por la luz de un balcón enfrente del cual hay un altarcito con sus gradas cubiertas de estatuas, cofrecillos, reliquias de mártires, libros autógrafos de gran interés y multitud de objetos preciosos, entre los que figuran los dos trípticos que estuvieron en la Exposición Colombina; un nacimien-to de marfil con figuras muy pequeñas, labradas sobre dos placas divididas en zonas, un hierro de la parrilla en que fué quemado San Lorenzo; el modesto tintero de Santa Teresa de Jesús y cuatro libros manuscritos por ella; una linda caja de marfil con bajo-relieves del si-glo XI; dos cuadros pintados en agata que representan á San Antonio de Padua y un Descendimiento; la portada de un libro de rezos escrito en vitela por fray Julián de la Fuente-el-Saz y otras mil curiosidades que sería pesado enumerar y que son bastantes conocidas.

Del camarín, pasamos á la biblioteca del coro, donde aparecen casi todos los libros abiertos en el facistol y ostentando delicadas miniaturas. Mide cada uno, ce-rrado, una vara de ancho por un metro de altura y cada una de sus hojas es de una piel de ternera.

A las doce ó doce y media de la tarde nos obsequió con un esplendido almuerzo la comunidad que habita el Monasterio y de la que tantos favores recibimos, volviendo á reanudar nuestra tarea, acompañados de los mismos Padres quienes nos enseñaron detenidamente, duran-te aquel día: los frescos y tablas de los claustros, el templo, las sacristías y sa-las capitulares, el panteón de los reyes, el de infantes, y los tapices cuadros y es-culturas del bonito Palacio real, que for-ma el mango de la parrilla, imitado por el monumento.

Son tan conocidos estos sitios que sería

excusado describirlos en la brevísim-a crónica de una excursión, y teniéndolo así en cuenta me limitaré á relatar únicamente las impresiones recibidas en al-gunos de ellos.

En el claustro principal, cuyas paredes se hallan cubiertas de variados frescos, nos detuvimos un instante á contemplar las ocho grandes tablas que existen en los ángulos puestas en forma de dípticos; y, en el interior de la iglesia fueron objeto de nuestra atención: el soberbio retablo de jaspes, mármoles y bronces dorados; las esculturas que hay en él; los grupos de estatuas de Carlos V y Felipe II, precedidos de sus respectivas familias y colocados á los lados del pres-biterio, sobre los oratorios reales; la custodia de oro y plata regalada por Isab-el II, los pequeños y elegantes púlpitos que aparecen á los lados del altar mayor, contrastando su riqueza con la desvenci-jada y ordinaria tribuna de madera que hoy usan los predicadores, y los admirables frescos de las bóvedas debidos á Jordán, quien representó en ellos con su especial maestría: la Asunción de Nues-trra Señora; la Adoración de los Reyes Magos; el Arcángel San Miguel, las cuat-ro Sibilas que predijeron los misterios de la Redención, el viaje de los israelitas por el desierto, el paso del mar Rojo, la lluvia del maná, los santos Padres, la Teología, el Triunfo de la Iglesia y cien asuntos más.

Desde el templo y pasando por un pe-queño tránsito, donde se encuentra la en-trada de los regios panteones, penetramos en la ante-sacristía, que luce hermosos frescos de Fabricci y Granelio y está convertido en un museo entre cuyos cuadros figuran, las firmas de Pedro Cre-tona, de Van-Der-Veide, de Pablo Mat-teis y de Giordano.

La sacristía es otro museo de obras ar-tísticas y sobre todo de preciosos lienzos tales como el Descubrimiento de la Cruz (de escuela alemana y de grandísimo va-lor); el sueño de Felipe II, del Greco; San Pedro de Alcántara, de Zurbarán; el La-

vatorio de los Apóstoles, de Tintoretto; David cortando la cabeza á Goliat, de Coxcie; Jesús con la cruz á cuestas, de Guido Reni; La Crucifixión, de Ticiano; el entierro de Cristo, de Ribera; y la Procesión de la Sagrada forma, de Claudio Coello, que es de lo más notable que allí existe y tras el cual se oculta el altar del mismo nombre fabricado de jaspes y mármoles de colores; y en cuyo retablo se guarda la Hostia consagrada que al profanar varios herejes zuinglianos en la catedral de Gorcania (Holanda) arrojó sangre por sus poros y por las quebraduras que le hicieron.

Esta divina joya de inestimable importancia para el sincero cristiano, fué regalada á Felipe II por el emperador Rodolfo en 1592, y el mencionado cuadro de Coello es una exacta reproducción de la procesión que se hizo entonces al colocarla en aquel lugar, habiendo ejecutado su trabajo sobre un lienzo de seis varas de alto por tres de ancho con una verdad tan natural, con tal corrección de dibujo, tal fuerza de colorido y tal propiedad en la perspectiva, que excede á todo elogio.

El "Panteón de los Reyes," que resulta sencillo, á pesar de las riquezas que acumula, no está en armonía ni mucho menos con el que se forja la imaginación después de haber leído las descripciones hechas por viajeros y poetas. No hay en todo él ni una sola estatua yacente, ni un bajorelieve alegórico á la vida de los monarcas que encierra, y las urnas, aunque elegantes, son demasiado modestas en sus adornos ó labores.

El "Panteón de Infantes," ha sido descrito hace muy poco por el Sr. Serrano Fatigati, en las columnas de *La Ilustración Española y Americana*, y como el artículo de dicho señor es superior á lo que yo pudiera decir de propia cuenta, prefiero transcribir algunas líneas suyas, á escribirlas yo de peor manera. He aquí cómo se expresa el Sr. Serrano al describir el salón de los sepulcros: "Las urnas son de mármol blanco de Carrara, destacándose sobre ellas inscripciones policromas, rojas y azules, con los principales colores de las casas de Austria y de Borbón; resplandecen con sus variados y es-

pléndidos matices los escudos; resaltan sobre las cubiertas de los sepulcros finas labores, flores de lis, leones, castillos y cien elementos ornamentales; tiene la bóveda gran número de caretones con filetes metálicos; se pisan pavimentos alabastrinos; luz brillante penetra desde un jardín, y como un orgulloso recuerdo de las pompas terrenas se levantan allí, rígidas, las figuras de ocho reyes de armas con dalmáticas bordadas en la piedra y caladas mazas, que reunidos en dos grupos, guardan las comunicaciones entre los principales recintos.

.....
"Tres figuras de varones y cuatro de damas se dibujan en primer término de entre las varias cuyos nombres están unidos á los recuerdos de la casa de Austria.

"D. Juan, el vencedor de Lepanto, el príncipe Carlos, sobre cuya muerte y actos discurren los historiadores y fantasean los poetas, y Filiberto de Saboya, llenan en primer término los tristes recintos con su gloria ó sus desgracias. Dos esposas de Felipe II y otras tantas del rey en que se acabó la dinastía, duermen protegidas por el esplendor de sus deudos."

.....
No obstante, el interés y las bellezas de algunos detalles, hay tanta uniformidad en la disposición de los sarcófagos y tanta monotonía en la blancura de sus mármoles que, como dijo no sé cuál de los señores excursionistas, aquello más que panteón parecía un balneario con sus correspondientes bañeras.

No menos impropias de aquel sitio son las estatuas de las princesas de Orleans doña Cristina y doña Amalia, que aparecen recostadas sobre las losas sepulcrales llenas de vida y con mantillas y vestidos andaluces.

**

En el Palacio real, y repartidos por los aposentos y gabinetes, pudimos contemplar, entre otros objetos de arte, la friolera de quinientos noventa y tres cuadros de acciones de guerra, costumbres militares y figuras de santos, debidos á Pantoja, Alonso Cano, Mengs, Canalet-

to y Andrés Rivera, y hasta trescientos treinta y ocho tapices, de los cuales cien-
to cincuenta y dos fueron hechos en la fá-
brica de Madrid por dibujos de Goya,
Bayeu, Maella y otros, ciento sesenta y
uno en Flandes, veinte en Francia y cinco
en Italia. Los asuntos que representan
estos tapices, esmeradamente ejecuta-
dos, se reducen á escenas de aldea, be-
llísimos paisajes, juegos de muchachos,
cuadros del *Quijote*, historias de Marco
Antonio y costumbres españolas.

Dignas de especial mención, por su ex-
traordinario mérito, son las cuatro habi-
taciones conocidas con el nombre de *Pie-
zas de madera fina*. Costaron veintinue-
ve millones de reales, y el mismo Car-
los V tomó parte activa en la fabricación
de sus labores. A excepción de los techos
pintados por Maella y Galves, tanto las
paredes como los pavimentos están re-
vestidos de incrustaciones de ricas ma-
deras, formando dibujos variadísimos de
exquisito gusto y esmerada construcción;
hasta las puertas, ventanas y molduras
ostentan labores de ebanistería, imitando
jarras con flores, guarniciones de hojas,
lazos colgantes, paisajes, grecas y florones;
y, el herraje de los cuatro gabinetes,
hecho por Ignacio Millán en los talleres
de la real casa, es de hierro bruñido y
abrilantado con embutidos de oro.

Antes de abandonar este delicioso re-
tiro de los monarcas españoles, nos detu-
vimos un instante en la sala de Batallas,
cuyas paredes se hallan cubiertas de pin-
turas al fresco, que representan comba-
tes y episodios de la guerra, viéndose en
un lado á D. Juan II derrotando á los
los árabes en la Vega granadina, en otro
la expedición de la armada de Felipe II á
las islas Terceras, más allá la victoria de
Pavía, la toma de Noyón y la conquista
de Lisboa, y en preferente lugar las ba-
tallas de Higueruela, de San Quintín y de
Lepanto.

Cuando se terminó el estudio del pa-
lacio era ya la caída de la tarde, é invita-
dos por el Sr. Serrano, dimos un paseo
por las afueras y parte O. de la población,

desde cuyos elevados cerros pudimos
contemplar perfectamente la vista gene-
ral del Monasterio y su grandiosa facha-
da principal, por encima de la cual se des-
tacaban majestuosas las torres y las cú-
pulas del templo.

Al regreso del paseo volvimos á pene-
trar en los claustros del convento, ilumi-
nados por la luz eléctrica que ha susti-
tuido allí á las antiguas lámparas de
aceite. Deseábamos pasar la velada lo
más agradablemente posible, y merced á
la bondad de los PP. Aróstegui y Faulín,
se improvisó en nuestro obsequio
un concierto, ejecutando el P. Aróstegui
escogidas composiciones en el
piano, acompañado por el P. Faulín, que
es un distinguido violinista. El Vizconde
de Palazuelos tocó también el piano, y al
terminar la música comenzaron las tertulias
literarias y científicas, que nos per-
mitieron apreciar la vasta ilustración de
aquellos Padres, en los que tan alta re-
presentación tienen: la Literatura en los
PP. Blanco y Valdés, la Historia natural
en el P. Faulín, la crítica musical en el
P. Uriarte, la Bibliografía en el P. Uncilla
y la Física en el P. Rodríguez, inventor
del teledikto que funciona entre Madrid
y el Escorial para evitar los accidentes
ferroviarios.

A la siguiente mañana, día 25, y des-
pués de oír una misa, nos trasladamos
al Real colegio de segunda enseñanza,
donde tuvimos ocasión de visitar los mu-
seos de Física y de Historia natural tan
bien surtidos y ordenados, que ya quisie-
ran muchas universidades tener los suyos
á esa altura; y desde los museos nos en-
caminamos á la biblioteca del Monasterio,
en cuyos lujosos estantes de caoba,
ébano, cedro, nogal y terebinto están
colocados los libros con el dorado corte
hacia fuera. En el centro del salón, y so-
bre dos de las cuatro mesas de mármol
pardo que hay en él, pudimos contem-
plar, dentro de acristalados escaparates,
diferentes libros curiosos y devocionaria-
rios de reinas, entre los que estaban el
Códice Aureo, una Biblia hebrea, un be-

Ilísmo ejemplar del Corán cogido por D. Juan de Austria en la batalla de Lepanto, el Códice Vigilano y las Cantigas de Alfonso el Sabio.

El techo de esta biblioteca, pintado al fresco por Peregrini y por Carduci, contiene alegorías de todas las ciencias, interpretadas con cierta originalidad; y, en los espacios de las paredes donde no se ven estantes, se destacan grandes lienzos con los retratos del P. Sigüenza, de Carlos V, de Felipe II, de Carlos II y de Felipe III.

En uno de los huecos hay un busto de Cicerón hecho en mármol blanco, y que, según se dice, fué encontrado en las ruinas de Pompeya.

Atravesando la *Galería de los convalecientes*, llamada así por ser donde pasaban los Jerónimos enfermos, y consistente en un espacioso corredor de veinte pies de ancho por ciento de largo, nos dirigimos á la fonda, regresando después de almorzar á despedirnos de los sabios Agustinos.

El P. Blanco y el P. Aróstegui, que no se separaron de nosotros hasta dejarnos en el tren, nos facilitaron la visita de la Escuela de Montes y de la encantadora Casita de Abajo.

Desde que pusimos los pies en el local de la citada escuela hasta que nos alejamos de ella, sólo se oyeron elogios de todos los excursionistas; y acerca de las impresiones que recibimos, nada las sintetiza mejor que este pequeño párrafo que publicó *La Correspondencia*: "No había allí tanta poesía ni tantos recuerdos históricos, pero sí excelentes colecciones, mucho orden, mucha pulcritud, pruebas fehacientes de una enseñanza práctica, y grandísima cortesía en el director, en los profesores y en los alumnos."

La *Casita de Abajo* contiene con gran profusión, además de los cuadros y tapices que adornan sus paredes, debidos á Rubens, Velázquez, Murillo y Goya; lindos trabajos de porcelana hechos en la antigua fábrica del Retiro, esculturas y bajo-relieves de marfil, paisajes bordados en seda con perfección suma, un Apolo reproducción del de Bervedere y tantísimas otras obras de arte, que se necesitaría escribir un libro de no pequeño volumen para dar únicamente una sucinta idea de ellas.

Salimos de la estación del Escorial á las cuatro de la tarde y á las seis y media llegamos á Madrid.

JOSÉ CASCALES Y MUÑOZ.

SECCIÓN DE CIENCIAS HISTÓRICAS

ESTATUA LLAMADA DE SAN CARLOMAGNO

EN LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA

N confuso y casi irresoluble enigma ofrecen con harta frecuencia á los más pacientes investigadores muchos objetos arqueológicos que se presentan á nuestros ojos con una sencillez traídora, con una falacia que no se descubre á primera vista.

Tal acontece con la estatua alabastrina de Carlomagno que el cabildo catedral de Gerona remitió á la nunca bien ponderada Exposición Histórico-europea. Al verla por primera vez sólo llama la atención ese encanto, ese atractivo que tienen las obras del arte antiguo, aunque no sean un modelo de perfecciones gráficas ó plásticas; mas en el momento en que se fija el espectador en la atribución dada al bulto, se entera de su historia y compara ambas entradas con los múltiples y bien caracterizados detalles de su indumentaria; un indecible asombro brota involuntariamente en el fondo del ánimo que no acierta á concordar tanta contradicción palmaria.

Hasta que se exhibió en la Exposición universal de Barcelona no había sido discutido, que sepamos, ese monumento escultórico. Bautizado con el nombre de Carlomagno había sido admitido como tal durante el transcurso de muchos años, y á nadie se le había ocurrido que pudiera impugnarse esta atribución, hasta que el eminentísimo crítico barcelonés Sr. Miquel y Badia adelantó la especie de que debía



Fototipia de Hauser y Menet.—Madrid.

ESTATUA LLAMADA DE SAN CARLOMAGNO
(GERONA).

representar á un rey conde de la casa de Aragón, y que la obra era probable producto del siglo XIII ó XIV. Más tarde, el reputado arqueólogo D. José Ramón Mélida publicó en *La Ilustración Española y Americana* dos notables artículos titulados *Las Artes retrospectivas en la Exposición universal de Barcelona*, y en la sección dedicada á esculturas manifestaba su completa conformidad con la opinión del Sr. Miquel y Badía, añadiendo ser un *palmario error, que no valía la pena de desvanecer con razones*, pretender que representaba á Carlomagno. D. Enrique Claudio Girbal, erudito literato gerundense, reprodujo en la *Revista de Gerona*, colmándola de aplausos, la parte de aquellos artículos que hacia referencia á los objetos procedentes de aquella catedral; mas al estampar el párrafo que antecede, relativo al bautismo de la estatua, sale á la defensa de la patria tradición y manifiesta en una larga nota su completa disconformidad con la opinión de ambos señores, arguyendo al primero de ellos con las siguientes palabras: ¿En qué puede fundarse nuestro ilustrado amigo y distinguido arqueólogo para suposición tan aventurada? ¿En la indumentaria y carácter típico de la escultura? Nos parece harto liviano el apoyo, pues esto, cuando más, no significaría otra cosa sino que el artista, poco fuerte en la propiedad del traje, representó al emperador franco con el de la época del escultor, anacronismo repetidísimo en las obras artísticas de aquellos y posteriores siglos, etc.

Esta observación del Sr. Girbal me hace creer que el Sr. Miquel y Badía, cuyos artículos no he podido examinar, dejó de dar explicaciones respecto de los motivos por los cuales había aventurado la opinión de que la estatua, de que nos ocupamos, representaba á un monarca aragonés del siglo XIII ó XIV.

En vista de ello, y como la materia despierta no escaso interés, me propuse examinar prolíjamente la obra artística de referencia mientras estuve de manifiesto en la Exposición Histórico-europea, y he aquí el resultado de mis minuciosas investigaciones.

La estatua, que es de alabastro, mide una altura de 0,85 ó sea una mitad escasa de tamaño natural. Es de regulares proporciones, algo dura y angulosa, sus hombros levantados con exceso y las barbas simétricamente rizadas. Ciñe corona con diez florones trifolios, y sobre las caderas el cíngulo militar del cual penden una muy labrada espada y un puñal con caprichosa y artística empuñadura. En las abrazaderas de una y otra arma están prodigados los escudos de la casa de Aragón. Lleva una túnica, brial, ó sobrevesta blanca forrada de una tela colorada y recortados sus bordes con una fimbria ó galón de oro salpicado de trecho en trecho por blasones de Aragón losangeados. Descansa sobre sus hombros una prenda igualmente blanca y forrada de azul parduzco¹ de forma circular, sin más abertura que la central, por donde entraba la cabeza.

Esta prenda, muy conocida desde la más remota antigüedad, fué llamada *pénula* por los romanos y adoptada en los albores del cristianismo por sus sacerdotes, principalmente por los obispos, que solían llevarla blanca. Mas tarde, á principios del Renacimiento, empezó á modificarse en términos que, según común opinión, ha concluido por convertirse en lo que conocemos hoy bajo el nombre de casulla. Durante la Edad Media las altas jerarquías sociales del estado civil siguieron usando también la antigua *pénula* romana, modificada tan sólo en su tamaño, que era más reducida y conforme aparece en la estatua de que nos ocupamos.

Siquiera sea ligeramente, reseñamos las diferentes piezas que constituyen su traje, porque ellas nos han de dar luz bastante para precisar la fecha aproximada de su labra y ejecución.

Aunque es ya general creencia que procede del siglo XIII ó XIV, únicamente el Sr. Mélida acomete con decisión la resolución de este problema disyuntivo, y

(1) Está pintado al óleo ese férro, lo propio que la cara y el pelo. El color es basto, grumoso y revela su moderna factura. No así el de las fimbrias y armas, que es evidentemente antiguo y al temple. Todavía se descubren rastros de haber sido dorado el pelo de la cabeza y de las barbas.

en los artículos arriba citados otorga el diploma de preferencia al primero de los dos siglos.

Mucho nos desplace tener que disentir de la respetable opinión de tan sabio arqueólogo; pero razones de gran peso nos obligan á ello, siendo la más fundamental el haber observado sobre las caderas de la estatua el cíngulo militar no conocido hasta el siglo xiv, según afirma Viollet-le-Duc¹ y resulta del examen de la estatuaria caballeresca de aquellos tiempos. Hasta entonces la correa de que pendía la espada, sujetaba precisamente la cintura ó se convertía en bandolera cruzando el pecho; pero á principios del xiv en Inglaterra, y hacia el 1340 en Francia, introdujose y debió generalizarse por Europa entera el uso del llamado cíngulo militar, que sellevaba, como hemos dicho, sobre las caderas y que servía de distintivo á los caballeros. No puede ser, pues, esa escultura de un siglo en que no se conocía una de las prendas principales que lleva, como es la que acabamos de citar.

También el calzado arroja mucha luz sobre el punto que examinamos. Desde que la piel curtida ó la tela empezó á cubrir el empeine del pie hasta el mismo siglo xiv, la figura de la planta fué apropiada á la forma que tiene esta parte del cuerpo humano y afectaba por lo tanto la angular en su extremidad delantera con un vértice más ó menos romo. Por primera vez á mediados de dicho siglo empezó á desnaturalizarse el perfil de la suela prolongando su punta y convirtiéndola primero en una especie de uña, como resulta en la estatua, y más tarde en un agudísimo acicote; moda que duró alrededor de cien años á pesar de su incómoda deformidad. Consultese también sobre este punto al mismo Viollet, artículo *Soleret y Chaussure*, y se verán confirmados estos conceptos, de los cuales se deduce claramente que el calzado del pretendido Carlomagno pertenece á la época de transición del que puede llamarse calzado histórico, tradicional, razonado, al convencional, fantástico y mo-

lesto que empezó á mediados del citado siglo xiv. El Sr. Mélida se fija también en esa prenda del traje y cree hallar semejanza con la de las miniaturas del Libro de las Cantigas, deduciendo de ahí que la escultura que examinamos pertenece, como el citado códice, al siglo xiii. Lo único que hay de común entre ambos calzados es el dibujo de la tela, pero debe advertirse que ese dibujo á base de losange, era ya común en el siglo xii y siguió empleándose en toda la Edad Media. No constituye, pues, un signo característico de un *largo* corto de tiempo, sino de una gran época que comprende varios siglos. Acontece con esto lo que, aunque en menor escala, ocurre con los rizados simétricos y afectados mechones de las barbas del personaje en discusión, que se ven no sólo en la estatuaria del siglo xiv sino también en parte de la del xv. Esta convención, esta moda, duró bastante tiempo² y esta es la razón por la cual no hemos querido sacar consecuencia alguna de tan importante detalle.

Otra cosa ocurre con las armas. Es cierto que las espadas del xiii y del xiv se parecen entre sí en tamaño y forma, pero al establecer comparaciones entre ellas hemos observado que, en general, las largas³ del xiii ostentan gran canal central que les aligera el peso; que por esta razón podían manejarse con una sola mano y que por lo mismo les ponían empuñaduras cortas. Prolongadas en cambio son las empuñaduras de las espadas del xiv, porque sus hojas suelen ser recias, de estoque, y, por consiguiente, más pesadas. Es de advertir que por entonces se introdujo entre los caballeros la costumbre de pelear á pie y teniendo en esta ac-

1 Mientras en la estatua yacente de D. Pedro de Boil, que falleció en 1384 y cuya sepultura se custodia en el museo provincial de Valencia, se descubre igual rizado de barbas, en el retablo en alto relieve, que representa la muerte de la Virgen y que procedente también de Valencia estaba colocado en la Exposición última, cerca de la estatua de Carlomagno, figuran los Apóstoles con ese mismo género de barbas á pesar de ser obra del siglo inmediato. Lo propio ocurre con los Evangelistas de San Juan de los Reyes de Toledo, templo votivo levantado á últimos del siglo xv.

2 Hacemos esta distinción, porque en este siglo la mayoría de las espadas seguían siendo cortas.

1 *Dictionnaire raisonné du Mobilier français*, tome cinquième, pág. 253.

titud las dos manos libres, prefirieron utilizarlas para asestar más duros golpes. Esta observación viene consignada también por Viollet en la pág. 377, tomo v, del diccionario citado, y partiendo de su exactitud, permítasenos que establezcamos la regla general de que los mandobles pesados, con hojas de unos 75 á 80 centímetros de largo, pueden clasificarse como del siglo XIV. Y entiéndase bien que al hablar de esos mandobles no nos referimos á los extremadamente largos, de sección cuadrangular y cuya hoja mide por lo menos 90 ó 100 centímetros, pues éstos, si bien aparecen ya á últimos del citado siglo, brillan con preferencia en el siguiente. Claro es que estos precedentes nos llevan por la mano á la deducción de que la espada del supuesto Carlomagno pertenece al siglo XIV. Pero prescindiendo por un momento de semejantes premisas y naturales consecuencias, establezcamos otros curiosos paralelos. En 1314 muere en Nápoles D. Rodrigo de Lauria, hijo del famoso almirante Roger, y al cabo de algunos años su hermana, la condesa de Terranova, levanta en el monasterio del Puig de Valencia un sumptuoso cenotafio á la memoria de aquel ilustre caudillo. Obsérvese la espada de la estatua yacente que cubre la urna y que publica Carderera en su *Iconografía española*, y se verá la grandísima semejanza que existe entre el singular dibujo de forma de dientes de sierra que cubre la superficie entera de su vaina y el de la otra vaina de la espada del llamado Carlomagno. Semejante dibujo sólo lo hemos visto repetido en una tercera estatua primorosa que se conserva en la antigua iglesia de Franciscanos, hoy del Hospital, situada en Villafranca del Panadés, cuya estatua representa al afamado D. Ugo de Cervellón, fallecido en 1335 y sepultado en aquel templo. Estos tres ejemplares, aca-so únicos, de vainas tapizadas con tan singular diseño, ¿no es cierto que inclinan el ánimo á la creencia de que las tres fueron labradas poco más ó menos en el mismo tiempo, á saber, dentro del siglo en que suponemos hecha la estatua?

No concluyamos estas reflexiones sin echar una ojeada de admiración sobre el

caprichoso y originalísimo puño de la daga donde se recuerda la prodigiosa inventiva de los artistas medioevales, especialmente italianos, que conocían además el secreto de combinar el buen gusto con lo grotesco y extravagante. Pero fijémonos también en que el mascarón central de ese puño y el que ostenta la contera de la citada espada, dejan entrever la influencia del Renacimiento que en la culta



ESPADA DE SAN CARLOMAGNO

Italia empezaba ya á dibujarse poderoso á mediados del siglo XIV. Esta indicación nos hace anticipar la especie de que consideramos la obra escultórica, que discutimos, como salida de las manos de algún artista educado en aquella adelantada península.

No olvidemos, por último, el examen de la corona. Remoto es su empleo aunque variada su forma, y por ésta puede colegirse aproximadamente la fecha de su construcción. Las existentes durante el bajo imperio y en Occidente hasta el siglo XI consistían en unos aros más ó menos tapizados de pedrería, pero sin el aditamento de florones. En el siglo XII empiezan á dibujarse esas prominencias en pequeño nú-

mero, que no pasaba ordinariamente de cuatro. Poco á poco fueron aumentando; pero es menester descender ya á la segunda mitad del siglo XIV para hallar coronas donde, bien claros y pronunciados, se descubren ocho ó diez florones como en el ejemplar que tenemos á la vista.

Esta es otra de las razones en que nos fundamos para considerar la estatua en cuestión como producto artístico en la segunda mitad del siglo XIV. Y no procedemos adelante en este orden de investigaciones para no fatigar más á nuestros lectores.

Concluido este estudio, consideramos llegado ya el momento de manifestar nuestra opinión respecto de la significación de la estatua.

Si el artista que la labró hubiese pretendido representar á Carlomagno, y siguiendo la práctica general perpetuada hasta hace poco, le hubiese vestido con el traje que usaban los monarcas de su tiempo, no cabe duda que le hubiera condecorado con los atributos imperiales bien conocidos á la sazón, puesto que existía el poderoso sacro romano imperio, sucesor del de Carlomagno. El primero de esos atributos era el blasón imperial con águila negra sobre campo de oro, y el segundo la corona igualmente imperial que se asegura perteneció á Carlomagno y se guarda todavía en el tesoro de Viena. Aunque con escaso fundamento, acaso podría objetarse que el artista desconocía la forma típica de esta corona con la cual *ab antiquo* eran consagrados los citados emperadores, corona que dista mucho en su forma de la que lleva nuestra estatua; sin embargo, es imposible admitir que otro tanto podía ocurrir con el blasón del imperio en una época como aquella, en que las personas y los muebles de su pertenencia se distinguían singularmente por el blasón. Bien se nos alcanza que, arqueológicamente hablando, es una inexactitud suponer que Carlomagno usara en el escudo el águila negra como símbolo imperial; pero habida consideración á que con posterioridad sus sucesores adoptaron ese símbolo, símbolo que estaba en pleno vigor durante el siglo XIV, es preciso convenir en que al

artista no le quedaba otro recurso que emplearlo para conseguir su objeto con arreglo á las prácticas generalmente adoptadas.

Pero es el caso que no sólo dejó de estampar el blasón imperial, sino que en cambio prodigó con exceso, dondequiera que pudo, el escudo de Aragón, según hemos ya indicado al describir la indumentaria de la estatua. En la espada, en la daga, en las fimbrias de su túnica ó brial, en todas partes aparecen las barras de Aragón para dar inequívoco testimonio de que el escultor pretendía representar á un príncipe de aquel reino. Esto es para nosotros tan evidente, que tememos ofender á nuestros lectores insistiendo en semejante afirmación ó buscando argumentos para defenderla.

Ahora bien: admitiendo este concepto, surge al momento el problema de la identificación del príncipe representado. Regía por entonces los destinos de aquel poderoso Estado D. Pedro IV, monarca tan discutido como su homónimo el de Castilla y á quien los cronistas contemporáneos pintan de ánimo varonil, pero débil y enteco de cuerpo. Fijad vuestra mirada en la estatua. ¿No os parece que ciertas desproporciones y rigideces que en ella se observan no pueden atribuirse á falta de habilidad en el artista, cuando por otra parte la acredita, sino más bien son producto del esfuerzo hecho por el mismo para reproducir un original defectuoso?... Aquella cabeza grande¹, aquellos hombres angulosos y cargados, la secura de brazos, aquellos pies que no pecan de diminutos, ¿no os ofrecen el espectáculo de un pronunciado tipo de raquitismo? Paréjenos que la hipótesis no está desprovista de fundamento.

Pero en este supuesto, ¿qué significación tendrían los asquerosos perros², sobre los cuales sienta sus plantas el monarca? No hay animal doméstico cuya representación y nombre sean más antinómicos.

¹ El cuerpo mide sólo seis cabezas, cuando, según lo normal y ordinario, debería medir siete.

² Calílico de perros á los animales aludidos, porque en realidad son á los que más se parecen. Perros deformes, repugnantes, que se revuelven contra el que los aplasta, pero nada de endriagos ni de seres híbrido-fantásticos como algunos les denominan.

cos que los del perro. Mientras en él vemos ordinariamente al mejor amigo del hombre, al símbolo de la fidelidad y como tal se le esculpe agazapado á los pies de las estatuas sepulcrales de damas y caballeros; calificamos en cambio á los seres más despreciables con el nombre de *perros*. Hasta nuestros tiempos ha llegado todavía la locución despectiva de *perro judío*, inventada probablemente en la Edad Media, que profesaba un odio declarado á los descendientes de Sem, así como es corriente la frase “*tratarle á uno como un perro*,” que vale tanto como hacer con la víctima toda clase de herejías.

Si al pie de la estatua no hubiera más individuo de la raza canina que el que muere de la contera de la espada, podría presumirse que el escultor puso aquella figura con el laudable propósito de evitar la fácil mutilación del arma, según presume Carderera de la estatua yacente de don Rodrigo de Lauria, donde la punta de la espada está sujetada al pedestal por medio de igual recurso, circunstancia que hace aumentar la semejanza, de que antes hemos hablado, entre una y otra espada. Pero en el momento en que el protagonista sienta sus plantas sobre otros perros, ya aplastados unos y otros en actitud de revolverse airados, parece que tal iconografía no está puesta allí al acaso, y que, por el contrario, tiene un valor y una significación apropiados. Admitida la hipótesis de la representación de D. Pedro IV, no es difícil adivinar la alusión del artista, la cual pudiera muy bien dirigirse á los grandes acontecimientos de su azaroso reinado. Con efecto, sus desazones con Jaime de Mallorca y la conquista y reincorporación de este Estado al reino de Aragón, los disturbios y guerras sanguinarias originados por el privilegio de la unión y su prolongada lucha con D. Pedro de Castilla, constituyen tres grandes hechos históricos de su reinado, durante el cual, después de varias vicisitudes y á fuerza de astucia y constancia, consiguió salir victorioso de todos sus enemigos.

Explicado el simbolismo del pedestal, arriesguémonos á sentar otra hipótesis, empujados irresistiblemente por la comenza de la curiosidad.

¿Quién mandó labrar esa estatua? ¿Cómo fué á Gerona? ¿Cómo y cuándo se la convirtió en Carlomagno y se le dió culto? Villanueva, en su *Viaje literario*, nos insinúa que el noble D. Berenguer de Anglesola, obispo de Gerona por los años de 1384 á 1408, fué muy adicto á D. Pedro IV y á su real familia, como en general toda la nobleza catalana que ayudó poderosamente á aquel monarca en las eternas contiendas de su trabajoso reinado. Mucho debió de ser su privanza con aquellos príncipes cuando asistieron á su consagración D. Juan, duque de Gerona, su esposa doña Violante y D. Martín, hijos de Pedro IV, que fueron sucesivamente reyes de Aragón. Tamaña demostración de afecto parece que debía de ir acompañada de espléndidos regalos, ninguno de los cuales podía ser más grato al prelado que la efigie de su rey amado. Fallecido D. Berenguer de Anglesola, debió de borrarse poco á poco de la memoria de los gerundenses la significación de la estatua que de las salas principales del palacio episcopal pasaría á ocupar un desaliñado puesto en polvorienta buhardilla.

Villanueva, en su mentado *Viaje literario*, consigna el hecho, bien conocido, de que el obispo Arnaldo de Montrodó estableció en 14 de Abril de 1345 la fiesta de San Carlomagno con rezo y oficio propio para toda la diócesis, como al parecer era entonces costumbre general en todas las catedrales de Bélgica y Alemania. Indudablemente aquel prelado, al dictar ese decreto, debió de tener en cuenta la veneración que profesaban sus diocesanos á aquel inclito emperador por haberla librado personalmente de la dominación musulmana, hecho que, fundado en sólidas razones, desmintió más adelante el canónigo Dorca. Ello es que varios sitios y objetos de aquella capital recordaban hasta hace poco el nombre del emperador de las batallas, y todavía es opinión común que los restos de la torre de la antigua catedral románica fueron obra de Carlomagno, como también el sillón de piedra que se destaca sobre una meseta detrás del altar mayor.

Pero si es conocida la fecha de la institución de la fiesta y el sitio en donde se

celebraba, que era la capilla de los Santos Mártires, cuyo altar había construido á sus costas dicho Obispo, nada se sabe de cierto respecto de si en ella había alguna imagen del emperador. Lo único que nos refiere Villanueva, es que en 1679 se autorizó al canónigo Zanón para construir de nuevo el altar de los Santos Mártires y que se concluyó en 1682, dejando en aquél la imagen del emperador Carlomagno. Y preguntamos nosotros: ¿Por qué se reconstruiría el altar? Sin duda por su estado de deterioro. Así, pues, de existir en él la imagen de Carlomagno, desaparecería apolillada como desaparecieron las de los citados mártires titulares del retablo. Figuraos que entre tanto se le ocurrirria manifestar á alguno de los antiguos familiares del palacio episcopal que en apartado sitio del mismo existía oculta otra estatua de Carlomagno. De seguro les faltaría tiempo á aquellos señores para celebrar con regocijo el descubrimiento, ir en busca de ella y colocarla donde lo permitiera el nuevo retablo. No sería el primer caso de transformación semejante, y sea dicho esto sin ánimo de ofender en lo más mínimo á nadie, ni poner en ridículo las imágenes de los verdaderos santos glorificados por la Iglesia.

Respecto de laantidad de Carlomagno y del culto que se le ha tributado en algunas diócesis extranjeras, sólo diremos que, á nuestro humilde entender, la Santa Sede ha tolerado tal atributo y tal culto, pero nunca lo ha autorizado ni fomentado, á pesar de los grandes beneficios que dispensó á la Iglesia y á su representante legítimo. Pero es menester tener en cuenta que la Iglesia sólo adjudica el título de Santo á los que han practicado la virtud en grado heroico, y, por desgracia, Carlomagno no viene comprendido dentro de tan estrecho recinto. Los últimos años de su vida dejaron de ser ejemplares si hemos de dar crédito á su contemporáneo y cortesano, el historiador Eginhard, que refiere con vivo colorido las debilidades de que fué víctima aquel héroe legendario.

Se comprende, por tanto, que uno de los últimos prelados de Gerona, el señor Valls, mandara retirar la estatua del al-

tar, donde aún estaba, borrando así los últimos vestigios del culto que se le había dado.

Esperamos que nuestros benévolos lectores nos harán siquiera la justicia de reconocer que fundamos nuestros juicios y deducciones en argumentos y datos atendibles y de no escaso valor.

Repetimos, por tanto, que creemos firmemente que el artífice en manera alguna pretendió esculpir la imagen de aquel emperador, y que andando el tiempo, por vicisitudes que hoy nos son desconocidas, las generaciones que se sucedieron cambiaron la atribución inconscientemente, por error ó falsas tradiciones. Confesamos que acaso nos hayamos engolfado demasiado en el terreno escabroso de las conjeturas. Pero puede que ellas sirvan, cuando menos, para picar la curiosidad de los que se hallan en el caso de profundizar en esta nebulosidad histórica.

Si por nuestra fortuna y en virtud de nuevas investigaciones la hipótesis sentada se convirtiera en realidad, nos cabría la gloria de haber descubierto la verdadera efigie de uno de nuestros monarcas de más resonancia, en cambio de un Carlomagno á todas luces apócrifo, tanto porque su autor no ha querido representarle, cuanto porque aunque se lo hubiese propuesto, no lo habría conseguido existiendo de por medio una sima infranqueable de seis siglos entre el modelo y el artífice.

EL BARÓN DE LAS CUATRO TORRES.



SECCIÓN DE LITERATURA

AL AUTOR DE «DOLORES»

D EL bronce fundido
las cálidas gotas
van cayendo en el molde, y la estatua
tomando va forma.

Del llanto que el genio
á solas derrama,

van cayendo las gotas hirvientes
al fondo del alma.

Y en él, como dentro
del molde humeante,
en silencio, sus formas eternas
tomando va el ángel.

Aquel que al abismo
del genio se asoma,
con terror ve la lluvia de fuego
filtrarse en las sombras;

y aparta sus ojos,
que el vértigo ciega
de aquel cráter rojizo en que funde
su estatua el poeta.

Mas luego bendice
la llama insaciable
que á Beatriz ha fundido en el molde
divino del Dante.

La noche solemne
de amor y de espanto
que á la fúnebre luz de unos cirios
pasaste llorando;

la noche en que odiaste
la vida por larga
al sentir en tus labios el frío
de su frente pálida,

aún dura en tu cielo;
poeta, no esperes
encender con tu aliento ese astro
que apagó la muerte.

Sólo te permite
ley inexorable,
con tu llanto traerla á la vida
serena del Arte.

En aquellas horas
de estupor sombrío
al cesar en la alcoba el doliente
pertinaz quejido;

al cortar, acaso,
de su sien marchita
ese rizo impregnado en copioso
sudor de agonía;

cuando tú, cumpliendo
su postre encargo,
envolviste su cuerpo ya rígido
con el negro manto...

Se agolpó á tus ojos
en amargas olas
ese llanto que al alma desciende
filtrado en las sombras.

Y ya no ha cesado
la lluvia de fuego,
que por fin hoy rebosa en el cráter
divino del genio.

El molde humeante
tu mano al fin quiebra,
y aparece la estatua animada
de formas eternas.

Ya todos los labios
repiten su nombre,
y en las alas de luz de la estrofa
la tierra recorre.

Has vuelto á la vida
la que muerta lloras,
á esa vida que nunca se extingue,
de envidiada gloria...

Mas ¡ay! que no llega,
poeta, esa vida
al callado rincón en que yace
su helada ceniza.

No logra el aplauso
ruidoso del mundo
un instante romper el silencio
cruel del sepulcro,

ni apagar el eco
que vibra en tu alma,
cada vez más profundo y más triste,
de su voz lejana.

¿Qué importa la gloria
si dura el destierro,
si en tus labios no borra las huellas
del último beso?...

En vano en tu senda
brotan los laureles.

Si á su frente no puedes ceñirlos,
¿para qué losquieres?...

Mas, oye; en las horas
en que hables con ella,
cuando, fiel á la cita del sueño,
á buscarte venga,
dila que su nombre
celestial pronuncia
todo aquel que ha caido en su larga
calle de amargura;

dila que en un siglo
cansado y cobarde,
en que herido á traición por la duda
languidece el Arte;

cuando aplaude el vulgo
viendo cómo rueda
todo noble ideal y del cieno
sube la marea;

cuando se apellida
amor, blasfemando,
á la fiebre mortal de la carne
que engendra gusanos

dila que por ella
fundes tú esa estatua
dolorosa que al punto más alto
del cielo señala,

y que al verla sienten
nobles energías
retoñar, y á la lucha se aprestan
las almas caídas,

como en larga noche
de penosa vela
el enfermo sonríe si el alba
las sombras blanquea.

No digas, poeta,
si callarloquieres,
que por ella en tu senda han brotado
frondosos laureles;

pero no la ocultes
que vas enjugando
por su amor muchas lágrimas, muchas,
con su negro manto.

RICARDO GIL.

SECCIÓN DE BELLAS ARTES

PACIFICACIÓN DE LOS

BANDOS DE SALAMANCA

(1476)

RELIEVE DE ANICETO MARINAS

Es nuestro consocio el Sr. Marinas un artista que, pese á su juventud y modestia, figura en primera fila entre la pléyade de escultores que de pocos años á esta parte van contribuyendo al renacimiento del arte escultórico en España; cosa por cierto bien necesaria, pues, desgraciadamente, mientras la pintura y la arquitectura florecen en nuestra patria en los pasados siglos, la escultura apenas si da señales de su existencia; mostrándose únicamente merecedora de tal nombre al producir aquellas imágenes sin igual que inmortalizaron á Montañés y al insigne artista granadino Alonso Cano. Y, coincidencia fatal, hoy que la escultura camina al renacimiento; la pintura y arquitectura, cual si ya hubieran llegado á su más alto apogeo y estuvieran en pugna con su hermana arte, yacen estancadas, amenazadas de la decadencia.

Pero basta de digresiones y sigamos ocupándonos de Marinas y sus *Bandos*. Conocido bien, tanto entre nosotros como en el extranjero, donde siempre dejó honrado el nombre español; premiado en cuantos concursos se ha presentado¹; no creo necesario hacer su biografía ni citar sus obras, ya juzgadas y conocidas por todos los aficionados y amantes de las bellas artes: únicamente trataré de describir el asunto de la obra que estos días le ocupa, y cuyo boceto damos á conocer por la magnífica fototipia que á estas líneas acompaña.

El relieve, que ha de ser fundido en bronce, tendrá cuatro metros de altura por cinco de longitud. Está destinado á figurar en el imafronte del templo que,

1 En las Exposiciones de Munich y Chicago, en las nacionales de 1887 y 90 y en la Internacional de 1892.



Fototipia de Hauser y Menet.—Madrid.

PACIFICACIÓN DE LOS BANDOS DE SALAMANCA

Relieve de D. ANICETO MARINAS

por suscripción pública, debida á la iniciativa del Ilmo. Sr. Obispo de Salamanca y bajo la dirección del arquitecto D. Joaquín de Vargas, se está edificando en dicha ciudad, con destino al culto de su patrono San Juan de Sahagún.

.

Allá, por la época de Enrique IV, profundo era el malestar y desasosiego que imperaba en toda Castilla: el lujo desordenado, las luchas políticas, unidas á otras causas de menor importancia; habían traído consigo un estado tal de tensión de espíritu, que el menor motivo, la más leve causa, eran suficientes para hacer estallar los odios heredados y las pasiones reprimidas, dando lugar á sanguinarias peleas, sin bandera fija, pero que llenaron de cadáveres, luto y desolación algunas de nuestras más principales ciudades. Cupóle á Salamanca la triste suerte de ser una de las que más se distinguieron en tal clase de contiendas; los Monroyes y Manzanos, Tomásinos y Benitos por otro nombre, según las parroquias á que pertenecían; fueron los dos partidos que, conocidos en la Historia con la denominación de *Bandos de Salamanca*, se hicieron tristemente célebres; llegando á tal extremo su odio, que es fama creció la hierba en la plaza límitrofe de las dos parroquias, por no haber quien se atreviera á pisarla.

Fué causa de estas luchas el asesinato de dos jóvenes, casi dos niños, y la venganza de una madre. Los hermanos Pedro y Luis Enríquez, son muertos por Gómez y Alonso Manzano; la madre de aquéllos, doña María de Monroy, denominada desde entonces doña María la Brava, lejos de derramar lágrimas al conocer su triste desgracia, reune á sus gentes, y jurando venganza, marcha en persecución de los hermanos Manzanos, que habíanse amparado á Portugal; encuéntralos, y cortando á uno y otro la cabeza, regresa con el sangriento trofeo á Salamanca, depositándolo sobre las tumbas de las víctimas.

Hecho inconcebible, solo y sin igual en la Historia y posible únicamente, dado el

estado social y de costumbres que reinaba.

A partir de este momento, la sangre corre con frecuencia, las luchas se suceden; el desgraciado que cae en poder del contrario bando es arrastrado y destrozado, y así continúan los salmantinos por espacio de algunos años. Mas, sin embargo, en medio de estas luchas y pasiones hay un hombre ajeno á ellas que trabaja por la paz, exhorta y predica á unos y otros, hasta conseguir, tras largos y porfiados esfuerzos, ponerlos de acuerdo y hacerles firmar un pacto de unión y de amistad; este hombre es el que más tarde habría de figurar en el número de los santos como patrono de Salamanca. San Juan de Sahagún.

.

El momento elegido por el artista para representar su obra, es aquel en que el Santo, teniendo ya sumiso á uno de los bandos, esfuerzase por convencer al contrario que aún permanece indeciso. En el fondo descubrése el pórtico de la Iglesia que había en la plaza y al pie de cuyas gradas se ve el cuerpo de un hombre, que, á no dudar, al ser muerto y arrastrado, fué la causa ocasional del último choque.

La composición es inspiradísima, y su ejecución nada deja que deseiar, dado el carácter de boceto que la obra tiene. La actitud de las figuras es arrogante. En medio de la altanería propia de los decididos valientes, se ve la sumisión del creyente, el poder santo de la religión cristiana, superior á toda fuerza material, y los beneficios de la predicación del Santo, cuya noble figura es objeto de veneración y acatamiento de los sanguinarios partidarios.

El joven escultor Marinas ha obtenido con este trabajo un nuevo triunfo, y es seguro que la crítica *desapasionada* é *ilustrada* ha de serle favorable, pues ha de encontrar en esta obra bellezas, inspiración y profundos conocimientos en el arte.

Otro relieve, que con el de los *Bandos* ha de formar pareja, está ejecutando

nuestro artista. Representa el episodio de la vida del Santo conocido por el nombre de *Milagro del pozo amarillo*; pozo que aún existe en Salamanca. Aparece en este boceto un grupo de mujeres y gente del pueblo, contemplando asombrados al Santo, que aún sostiene al niño salvado. Obra de arte, que, como la anterior, ha de desarrollar el artista en mayor escala y que la redacción de este BoLETÍN ha creído oportuno dar á conocer, por considerarla un adelanto y un triunfo más sobre los muchos que el Sr. Marinas tiene conquistados en su corta pero gloriosa carrera artística.

PELAYO QUINTERO.

LA SOCIEDAD DE EXCURSIONES EN ACCIÓN

LA SOCIEDAD EN 1.^º DE MARZO DEL 94

En el hotel Inglés.—Velada en el Ateneo.—Poesía escrita expresamente para la Sociedad por D. Manuel del Palacio.

Doopría menos de impresionar agradablemente el ánimo, de rebosar el espíritu felicidad y alegría, al contemplar enrededor de bien preparada mesa, congregados en íntima confianza, en fraternal amistad, los más entusiastas y genuinos excursionistas, queriendo de esta manera solemnizar fecha tan memorable como el primer aniversario de la fundación de esta Sociedad.

Habiase convenido previamente fuera el almuerzo de carácter familiar, sirviendo como medio para estrechar los lazos de sinceridad y afecto que existen entre todos los que componen la Sociedad, coadyuvando al mismo tiempo á su eterna duración.

Con arreglo á esta nota dió principio, y bien puede decirse que ni un momento faltó esa cordial y franca alegría que en los corazones de todos los comensales reinaba.

Ocupó el centro de la mesa D. Victor Balaguer; en frente de él tomó asiento el eminente naturalista D. Federico Botella, é inmediato á ellos el Sr. Serrano

Fatigati, digno Presidente de la Sociedad, amenizando con su elocuente palabra el tiempo que tan agradablemente transcurrió.

En otro de los grupos vefase al Sr. Herrera y al Sr. Vizconde de Palazuelos, animando con su chispeante palabra la franca y general alegría.

Derrochóse á torrentes el ingenio en todas las conversaciones, y no de otra manera podía suceder tratándose de personas que lo poseen en alto grado; llevando la animación á todo su apogeo, de tal modo, que en los ojos de los circunstantes lefase bien á las claras la satisfacción de que estaban poseídos.

No hubo brindis, siendo este un acuerdo que merece los más sinceros plácemes, pues tratándose de un almuerzo de toda intimidad con el solo objeto de solemnizar el primer aniversario de la Sociedad, claro es que el brindis era sentido igualmente por todos los corazones; ninguno deseaba más que prosperidades y eterna vida para ésta.

A las dos y media terminó el almuerzo, quedando todos complacidísimos, despidiéndose hasta dentro de pocas horas en que volverían á reunirse en el Ateneo.

Tomaron asiento en las mesas los señores Alvarez Dumont, Aranzadi, Astudillo, Barberá, Becerro de Bengoa, Calatraveño, Cascales, Catalina García, Cervigón, Degetau, Enriquez, Enseñat, Font, Foronda, Fossas, Hernández, López de Ayala (D. Manuel y D. Mariano), López Muñoz, Marco (D. José), Marco (D. Ramón), Menet, Morennés, Muñoz (D. José), Navarro, Pau, Pedregal, Polleró, Puig, Quintero, Rada y Delgado, Rodriguez Mourelo, Ruiz de la Prada, Sanjurjo, Santa María, Savirón, Velázquez, Vigil, Zuazagoitia y otros.

**

Galantemente cedido el salón de actos del Ateneo de Madrid por su Junta directiva, para que la Sociedad celebrase una velada, vefase la sala completamente llena de selecto y escogido público; la tribuna de señoritas y la pública eran insuficientes para contener el sinnúmero

de lindas y elegantes damas que con su presencia honraron la fiesta: muchas de ellas tuvieron que tomar asiento en los escaños, en los cuales podía verse cuanto de notable hay en política, ciencias y artes; enumerar los nombres de las ilustres personas que recordamos sería tarea muy prolífica y apropiada de estas notas tomadas rápidamente.

De sólo la lectura del programa podía colegirse, por los muchos atractivos que éste presentaba, que iba á ser una fiesta como pocas, según suele decirse; habiése armonizado admirablemente, á fin de evitar la monotonía: lectura de poesías de tan eminentes poetas como Manuel del Palacio, Felfú y Codina, Fernández Shaw, etc., con números musicales interpretados por jóvenes artistas de tanto mérito como son las señoritas Escalona, Ardois, Gardeta, y los Sres. Bezares, Calvo y Tello de Meneses.

A las nueve y media dió principio la velada con un inspiradísimo discurso del señor Presidente de la Comisión ejecutiva de la Sociedad: en sus breves palabras demostró elocuentemente el aspecto y carácter científico que tienen todas las excursiones que la Sociedad efectúa, lo mucho bueno que en éstas se puede aprender, al mismo tiempo que se distrae el ánimo y descansa el espíritu de los rudos embates de la vida. El discurso del Sr. Serrano Fatigati fué objeto de una calurosa demostración de simpatía por parte de la selecta concurrencia, que atentamente le escuchó.

Siguió después D. Agustín Calvo, discípulo del Sr. Blasco, y pensionado por el Conservatorio de Música y Declamación de Madrid, alcanzando un verdadero triunfo en la interpretación del monólogo (romanza) de la ópera *Don Carlo*, de Verdi, traducción española de D. Mariano Capdepón, y la melodía titulada *El Trapense*, de Meyerbeer, versión española del mismo traductor.

D. Federico Degetau fué muy felicitado en la lectura de su precioso cuento *El Hada de las excursiones*.

Entusiasmó verdaderamente á la escogida concurrencia D. Carlos Fernández Shaw recitando su precioso canto *Al Niá-*

gara, que arrancó espontáneos aplausos y justas frases de elogio; pues, aparte de lo hermoso de la composición, había que admirar la valentía en el decir y la sorprendente inspiración con que sabe dar colorido y realce á la frase.

La romanza de la ópera *Aida*, de Verdi, fué interpretada magistralmente por el Sr. Bezares, que también es discípulo del Sr. Blasco.

Gustó mucho, y fué de todos muy celebrado, un graciosísimo epígrama de don José Marco, sintiendo muy de veras no tener espacio para poder transcribirlo aquí, pues lo merece justamente.

Inspiradísima, como siempre, estuvo la bella señorita doña Dolores Escalona, luciendo su hermosa voz de tiple en la interpretación del aria *El estreno de una artista*, original de los Sres. D. Ventura de la Vega y Gatztambide, y el vals de la ópera *Dinorah*, de Meyerbeer, mereciendo en ambas justos y merecidísimos aplausos.

Lucidísimas, y muy del agrado de todos fueron las poesías leídas por los señores D. Juan Bautista Enseñat y don Juan de Dios de la Rada y Delgado.

La señorita Ardois no desmintió un punto su fama de pianista, pues con una ejecución admirable interpretó el vals *Impromptu*, de Raff.

El precio del caballo, leyenda árabe, de D. Antonio López Muñoz, es una poesía que merece ciertamente el entusiasmo con que fué acogida su lectura.

En la segunda parte de la velada obtuvo una ovación indescriptible el Sr. Feliú y Codina, con un romance titulado *La Guitarra*, romance que no desmiente ser hermano del aplaudidísimo drama *La Dolores*.

Sólo con decir que D. Víctor Balaguer leyó una *Excursión por Castilla*, basta para comprender que fué magnífica, como todo lo que él escribe, con su peculiar lenguaje, correcto y castizo como pocos.

La distinguida señorita doña Fidela Gardeta, discípula del Sr. Blasco, mostróse una verdadera artista, interpretando con armoniosa voz un aria de la ópera *Saffo*, de Pacini, vertida al español por

el Sr. Capdepón, y un duo de *La Favorita*, que en unión del Sr. Bezares cantó magistralmente, escuchando espontáneos y justos aplausos.

Con delicada ejecución fué interpretada en el violín, una *Balada y Polonesa* de concierto, original de Vieuxtemps, por el joven y eminentе violinista D. Salvador Tello de Meneses, discípulo del señor Hierro.

Por último, el genial y popularísimo poeta D. Manuel del Palacio recitó una preciosa poesía, hecha y dedicada expresamente para esta sociedad, y que con mucho gusto insertamos á continuación:

A LA SOCIEDAD DE EXCURSIONISTAS

en el primer aniversario de su fundación.

No soy de la Sociedad,
y vive Dios que lo siento;
pero se opone mi edad,
que huye de la actividad
y busca el recogimiento.
Envidio vuestra afición;
viajar en alegre unión
refrescando la memoria
ya con olvidada historia,
ya con vieja tradición;
del templo roto y vacío
escudriñar los rincones,
y en algún claustro sombrío
pedir al sepulcro frío
recuerdos ó inspiraciones,
empresa es tan de mi gusto
que acaso la acometiera
si el tiempo, conmigo adusto,
de espíritu me tuviera
como de cuerpo, robusto.
Muchas sendas recorrió,
incluyendo la de espinas;
entre las ruinas crecí;
hoy me basta con las ruinas
que llevo dentro de mí.
Ya en viajar tengo reparo,
y la pereza me absuelve
cuando tras ella me amparo,
que cualquier camino es caro,
sobre todo si se vuelve.
De la vida el oleaje
se encrespa á más no poder,
y para el eterno viaje
es de cuerdos el tener
preparado el equipaje.
Mirad, pues, si con razón
me aflijo al veros partir
de excursión en excursión,
yo, que pasé sin dormir
tres semanas de un tirón;
y que ausente del hogar
renombre supe ganar
por atrevido y despierto,
en poblado y en desierto,
en la tierra y en el mar.
¡Ay del que quiere y no puede!

Pues lo contrario os sucede
adelante, y ¡viva España!
mi voluntad os precede;
mi cariño os acompaña!

Entusiasmada la distinguida concurrencia, entre ensordecedores aplausos pidió dijera algunas de sus composiciones, á lo cual se prestó espontáneamente, demostrando una vez más la amabilidad que le caracteriza: dijo con su gracia peculiar un soneto *A la muerte*, *La Escuela* (apólogo) y *El Miércoles de ceniza*, mereciendo la justa ovación que se le tributó.

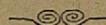
Cerca de la una dió término tan agradable fiesta, saliendo todos complacidísimos de los momentos tan deliciosos que la Sociedad de Excursiones les había proporcionado.

Las señoritas que tomaron parte en la velada fueron obsequiadas con preciosos bouquets por la Comisión ejecutiva de la Sociedad.

El maestro D. Antonio Moragas fué quien organizó la parte musical, y el maestro Sr. Blasco prestó cortésmente á acompañar á sus discípulos, teniendo buena parte en los triunfos alcanzados por éstos.

No puedo menos, antes de terminar estas mal hilvanadas notas, de asociar mi humilde felicitación para los organizadores de tan brillante y amena velada, que tanto realce ha dado á esta Sociedad, haciendo fervientes votos para que pueda celebrar muchos aniversarios de la misma esplendorosa manera.

JAVIER OLIVA.



Primer medallón artístico publicado por esta Sociedad, con el retrato de Jiménez de Cisneros. Obra del escultor don Aniceto Marinas, fundido por D. Víctor Vázquez.

Señores adheridos: (*continuación*):

Font (D. Miguel de).

Rodríguez Mourelo (D. José).

Puch (D. Fernando).

Alvarez Dumont (D. Eugenio).

Santamaría (D. Ramón): 2 ejemplares.

Marco (D. José).

- Menet (D. Adolfo).
 Boch (D. Pablo).
 Bustamante (D. Felipe).
 Mur (D. José).
 Bouterou (D. León).
 Fonseca (D. Fernando).
 Cascales (D. José).
 Ramírez de Arellano (D. Rafael): dos ejemplares.
 Fernández (D. Luis). Huesca
 González Rostvoss (D. Carlos).
 Abella (Rmo. P.).
 Velasco (D. Miguel).
 Fernández Mourillo (D. Manuel). Alcalá de Henares.
 Bellver (D. Francisco).
 Martínez Pacheco (D. José).
 Belmonte (D. Carlos).
 Todos los señores inscritos hasta esta fecha abonarán al recibir el medallón 10,50 pesetas.
 Los que se inscriban en todo el mes actual abonarán 12,50, en razón á que los cálculos hechos anteriormente perjudicaban los intereses del maestro fundidor.
 La subscripción para adquirir esta medalla queda cerrada en fin del mes actual.
- Balaguer (D. Víctor).
 Rodríguez Mourelo (D. José).
 Fuensanta (Excmo. Sr. Marqués de la).
 Gil (D. Ricardo).
 Palazuelos (Sr. Vizconde de).
 Herrera (D. Adolfo): 2 ejemplares.
 Alvarez Dumont (D. Eugenio).
 Quintero (D. Pelayo).
 Alsina (D. Altonio).
 Estor (D. Angel).
 Bosch (D. Pablo).
 Toda (D. Eduardo).
 Alvarez Dumont (D. César).
 Belmonte (D. Carlos): 2 ejemplares.
 Bellver (D. Francisco).
 Puch (D. Fernando).
 Font (D. Miguel de).
 Crespo (D. Manuel): 2 ejemplares.

(Se continuará.)



SECCIÓN OFICIAL

La Sociedad de Excusiones en Abril.

La Sociedad realizará la segunda de la serie que se propone verificar, visitando al Madrid Arqueológico y Monumental, el domingo 15 de Abril, con arreglo á las condiciones siguientes:

Punto y hora de reunión: Museo de Reproducciones, frente á la puerta del Retiro que da al Parterre, á las 10 de la mañana.

Monumentos que se visitarán: Museo de Reproducciones, San Jerónimo de El Paso; etc.

Cuota: 5 pesetas, en que se comprende el almuerzo en el Hotel de Santa Cruz y gratificaciones.

Para las adhesiones á esta excursión, dirigirse de palabra ó por escrito, hasta el día 14, acompañando la cuota, al señor Presidente de la Comisión ejecutiva don D. Enrique Serrano Fatigati, calle de las Pozas, 17, segundo derecha.

**

La anunciada excursión á ORGAZ, que por una desgracia de familia de un organizador no pudo llevarse á cabo en Mar-

Segundo medallón artístico publicado por esta Sociedad con el retrato de Churruga, obra del escultor D. Antonio Alsina, fundido por D. Víctor Vázquez.

El módulo será aproximadamente como el del anterior, contenido en el anverso la cabeza del célebre marino y la leyenda A CHURRUCA, y en el reverso la inscripción LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES MDCCXCIV.

El importe de cada medallón será de 12,50 pesetas.

Los señores asociados que deseen obtener este bronce se dirigirán, de palabra ó por escrito, al Secretario de la Sección de Bellas Artes, D. Manuel Crespo, Goya, 27, estudio.

Los marcos de roble adecuados á estas medallas, hechos por el ebanista D. José Marcos, se adquirirán por 3,50 pesetas avisando al adherirse á la subscripción.

Señores subscriptos á la medalla de Churruga;

zo, se efectuará en los días 28 y 29 del presente mes de Abril, con arreglo á las mismas condiciones especificadas en la *Sección oficial* del número 13 del BOLETÍN.

—Las adhesiones se admiten hasta el día 27, á las 12 de la mañana.

Madrid 31 de Marzo de 1894.—El Secretario general, *Vizconde de Palazuelos*.—V.º B.—El Presidente, *Serrano Fatigati*.

BIBLIOGRAFIA

Colección de libros españoles raros ó curiosos, por el Marqués de la Fuensanta del Valle, de la Academia de la Historia y de la de Ciencias Morales y Políticas. Tomo xxii.—Madrid, imprenta de José Perales y Martínez, 1894.

Este nuevo tomo, acabado de publicar, contiene la comedia llamada "Thebayda", impresa en 1546.

Se hicieron tres ediciones por lo menos de esta obra: una en Valencia en 1521, otra en la misma ciudad en 1532 y la reproducida por el Sr. Marqués, que fué impresa en Sevilla. Sólo se tiene noticia de que existe un ejemplar incompleto de una de estas primeras ediciones en la Biblioteca Nacional de París, otro en la de Viena, faltó de colofón, y el que poseía el Sr. Salvá, hoy en muestra Biblioteca Nacional, que es el que ha servido para esta reimpresión.

Tal es la rareza del libro reimpresso que nos ocupa.

En cuanto á su contenido, dice muy bien el Marqués en su prólogo, hay frases oportunas, proverbios discretamente traídos y descripciones que ahora serían censurables con severidad y que en aquella época eran cosa natural y corriente, pues de otro modo no se hubiera permitido que le fuera dedicada la obra al Duque de Gandia, esposo de la piadosa D.ª Juana de Aragón, y padre de S. Francisco de Borja.

* * *

El tercer número de la Revista internacional *Pro Patria*, que se publica en Madrid bajo la competente dirección de nuestro querido amigo y distinguido escritor

D. José Marco, es tan notable como los dos anteriores, y contiene entre otros trabajos muy interesantes, los siguientes artículos y composiciones:

La Mujer y el arte, por D. Victor Balaguer.—*Diffugere nives*, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—*Paremiología toledana*, por el Sr. Vizconde de Palazuelos.—*Julieta y Romeo*, por D. Gaspar Núñez de Arce.—*I Pirinei* (en italiano), por Arnaldo Bonaventura.—*Cantares*, por D. Melchor Palau.—*El arte en la política*, por D. César Antonio Arruché.—*A un reloj*, por D. José Marco.—*Semblanza íntima de Barbieri*, por don Felipe Pedrell.—*Letras Gallegas*, por D. Leopoldo Pedreira.—*Noticias musicales*, por D. Rafael Mitjana.—*Noticias teatrales*, por D. Antonio Sánchez Pérez.

Para el próximo número, correspondiente al mes de Abril, se anuncia la publicación de un artículo del laureado artista D. José Garnelo, titulado *La Pintura al fresco*.

La Revista *Pro Patria* se está haciendo digna del decidido apoyo que la dispensan todos los amantes de las ciencias, las artes y las letras.

* * *

La mujer y el Arte. Conferencia que dió en el Círculo de Bellas Artes, en la velada del 17 de Febrero de 1894, el Excmo. Sr. D. Victor Balaguer, de las Reales Academias Española y de la Historia.—Madrid, E. Jaramillo 1894.

Como testigos de esta notable conferencia, repetimos desde las columnas de nuestro BOLETÍN los merecidos aplausos que tributamos entonces á nuestro distinguido presidente y amigo.

* * *

La Tapicería de Bayeux en que están diseñadas naves del siglo XI, por Cesáreo Fernández Duro.—Madrid, Imprenta de la *Revista de Navegación y Comercio*, 1894.

El Sr. Fernández Duro, no sólo saca el partido posible para la Historia del arte naval de esta notable tapicería, sino que da una noticia curiosísima de los 58 cuadros que contiene, resultando así su trabajo de gran interés y valía para las ciencias Históricas.